

La conclusión de que Dios exista necesariamente es de un gran interés cuando se indaga cómo aparece el atributo omnipotencia en la obra leibniziana. Es elocuente comprobar que siempre está unido al atributo sabiduría. Y esto es así, porque la omnipotencia es un atributo constitutivo, es la totalidad de la posibilidad, que, al no tener límite, hace que Dios exista necesariamente. Pero, por otra parte, como todo depende de Dios, es preciso que esta omnipotencia sea racional, para no caer en la arbitrariedad de Descartes o en el necessitarismo de Spinoza. Dios es toda la posibilidad, pero no crea todo lo que Él es, sino aquellos posibles que siendo compatibles entre ellos —*composables* es el término utilizado por Leibniz— encierran la mayor cantidad de esencia. Por eso, es necesario que la omnipotencia vaya unida a la sabiduría.

En la segunda parte, la autora estudia qué significa que Dios sea la totalidad de la posibilidad y la naturaleza del atributo de la omnipotencia. Aparecen al respecto una serie de preguntas: ¿por qué Dios crea algo y no más bien nada?, ¿por qué crea lo que hay y no otra cosa?, ¿hasta dónde se extiende el poder de Dios? La respuesta a estas preguntas justifica de nuevo la necesidad de que el poder vaya unido a la inteligencia. Dios tiene una razón para elegir lo mejor entre las múltiples posibilidades que Él posee en grado absoluto. El principio de razón suficiente es el eje sobre el que pivota la justificación de la existencia del mundo, y lo que hace que Leibniz se aleje del espinocismo y del voluntarismo despótico de Descartes. Sin embargo, es importante matizar cómo se aleja del espinocismo. Por una parte, existe una semejanza muy singular entre las cosas creadas y el Creador, porque las criaturas están penetradas por las esencias que en Dios constituyen su propio ser. En este punto es donde la relación con Spinoza es más estrecha. Pero, por otra parte, las esencias no están en las cosas como están en Dios, ya que en las cosas se encuentran limitadas y en Dios sin límite. Además, Dios contiene muchas más posibilidades que las que crea. La composibilidad es lo que hace que un conjunto de esencias tenga una mayor pretensión a la existencia frente a otras muchas posibilidades que Dios tiene en sí de modo absoluto, y que nunca llegarán a ser porque son contradictorias entre sí, por la propia limitación de su esencia.

Para terminar el estudio de la omnipotencia, alude a la relación que tiene Dios con el mundo creado y, especialmente, con los seres espirituales. Los hombres o sustancias inteligentes constituyen el fin por el que Dios realiza la creación, pues el universo es un espejo de perfecciones divinas donde las almas inteligentes pueden conocer la grandeza y la bondad de Dios, y, como consecuencia, ofrecerle el tributo de su amor.

Se trata de un excelente trabajo sobre la omnipotencia del Absoluto en la filosofía de Leibniz, apoyado en una abundante bibliografía. De especial interés para los estudiosos no sólo de la filosofía moderna, sino para aquellos que estén interesados en el estudio filosófico de Dios y, en concreto, en la reflexión sobre sus atributos.

M.<sup>a</sup> CARMEN DOLBY MÚGICA

AZANZA ELIO, Ana, *Diccionario de pensadores. I. Pensadores navarros. Siglos XII-XX*, Eunat, Pamplona, 1997, 406 pp.

Según indica la profesora Ana Azanza en la Introducción, «el *Diccionario de pensadores navarros* se inscribe en un proyecto de mayor alcance que pretende estudiar la historia de la teología y de la filosofía en Navarra desde el siglo XII, época de la que poseemos los primeros escritos filosóficos navarros hasta nuestros días». En este sentido, la presente obra tiene carácter introductorio y metodológico, puesto que se ocupa de localizar los escritores navarros que pueden ser incluidos bajo la rúbrica de «pensadores», según la acepción que esta palabra ha adquirido entre los estudiosos del pensamiento español. En total son 20 los filósofos estudiados, los cuales han sido agrupados en cuatro partes: autores medievales, siglo XVI, siglos XVII-XVIII y siglos XIX-XX. La autora incluye en el primer grupo a Pedro de París o de Artajona, obispo de Pamplona (s. XII) y a Pedro de Atarrabia, franciscano (s. XIII-XIV). En el siglo XVI destacan Miguel Ulzurrun, jurista en la corte de Carlos V, Sancho de Carranza, tío del famoso arzobispo de Toledo don Bartolomé de Carranza, Martín de Azpilcueta (Doctor Navarro), reconocido jurista y moralista, Diego de Estella, místico, Juan Huarte de san Juan, pionero de la psicología científica, y López de Corella, médico. En los siglos XVII-XVIII tenemos al jesuita Juan Martínez de Ripalda, Juan de Palafox, obispo de Puebla de los Ángeles y de Osma,

Francisco de Larraga, Jaime de Corella, famoso por su manual de confesores, y Joaquín de Lizarraga. Los más próximos a nuestros días son el dominico Francisco Marín-Sola, profesor en Manila y Friburgo, el jesuita Juan Alfaro, profesor de la Universidad Gregoriana, Juan David García Bacca, original filósofo, José M.<sup>a</sup> Sánchez de Muniain, José Todolí y Jesús Arellano. La presentación de cada uno de estos escritores tiene tres partes: a) una síntesis de su vida; b) las obras, incluyendo la localización de los manuscritos, resumen del contenido y ediciones localizadas; c) la bibliografía, distribuida por Diccionarios, obras de carácter general y monografías. En conjunto, esta obra de la profesora Azanza es un auxiliar imprescindible para empezar la magna obra que espera llevar a término: una historia de la teología y de la filosofía en Navarra. Este camino, iniciado ya en otras regiones de España, es el que garantizará que, al fin, tengamos la historia del pensamiento español que todos deseamos, porque los grandes ríos se forman de la confluencia de muchas aguas. Nos alegramos de la feliz iniciativa emprendida por los filósofos y teólogos de Navarra, personificada ahora en el interesante libro de la profesora Ana Azanza.

J.A.

GARCÍA LÓPEZ, Jesús, *El conocimiento filosófico de Dios*, Eunsa, Pamplona, 1995, 249 pp.

El profesor García López ofrece en este libro todos los materiales de un clásico tratado de teología natural. A fin de lograr brevedad, se entretiene más en exponer y demostrar las tesis para él más aceptables que en refutar las opuestas.

A lo largo de todo el desarrollo doctrinal, el autor supone que el lector de su libro conoce ya todas esas «cuestiones previas», debidamente resueltas en disciplinas metodológicamente anteriores, como la ontología o la teoría del conocimiento.

Hace preceder —y lo justifica cuidadosamente— la «cuestión existencial» a la «cuestión esencial» de Dios, además de dar más espacio a la segunda que a la primera. Sin embargo, creo que anticipa indebidamente algunas cosas de la «cuestión esencial» cuando está respondiendo a la «cuestión existencial».

Su estudio: es sistemático y dentro de la línea doctrinal de santo Tomás de Aquino: de él son casi todas las citas textuales aducidas, de él es también la estructuración de la materia, lo mismo que la inmensa mayoría de las soluciones ofrecidas. Aun así, queda bastante —tesis mantenidas y razones de apoyo— a cuenta del autor.

Al tratar de ciertas tesis —como el ontogonismo y ocasionalismo (Malebranche), el panteísmo y el determinismo (Spinoza), o el agnosticismo (Hume y Kant)— se limita a dar una noticia sucinta de ellas, eludiendo la referencia a sus patrocinadores. Opino que habrían sido muy clarificadoras algunas citas textuales.

Dentro de la Introducción, el art. 2 (el conocimiento filosófico) anticipa indebidamente el desenlace de su estudio (p. 10). Por otra parte, el art. 3 (el conocimiento sobrenatural), muy determinado por la fe católica del autor, no es coherente con una indagación puramente racional. En la sección A (cuestiones fundamentales del conocimiento filosófico de Dios) del cap. 1, los dos primeros párrafos anticipan indebidamente resultados posteriores. Igualmente, al defender la imposibilidad de probar «a priori» la existencia de Dios, argumenta utilizando conclusiones posteriores (p. 26). Creo que el epílogo (pp. 239-249) no es tampoco coherente con la naturaleza del estudio, aparte de que el art. 1 (misterios fundamentales de la fe cristiana) se llena con dos largas citas de la profesión de fe de Pablo VI, y el art. 2 (exposición teológica de esos misterios), con una cita del catecismo romano y otra, de dos páginas y media, del teólogo Ludwig Ott.

Es excelente su exposición sobre la noción de *analogía* (pp. 94-102). Es un acierto el haber colocado el estudio del constitutivo formal de Dios al final de los atributos entitativos. Por lo demás, se ve por doquier la mano maestra de un avezado expositor de santo Tomás de Aquino.

SALVADOR VICASTILLO